

En Marcha, N° 640, Montevideo, 26 de setiembre de 1952, pp. 20-21.

Dos Visiones Extranjeras Del Uruguay
Por Carlos Real de Azúa

-I-

DESLINDE DE UN GÉNERO

Pocas ausencias son tan perceptibles entre nosotros (pocas, en esa opulenta ausencia que es la literatura nacional) como la de una “literatura de lo nacional”. A juzgar por nuestras meditaciones (o, a lo menos, por sus resultados) esa entidad colectiva que es Uruguay, esa estructura –entre otras– de nuestro existir como seres sociales, la de ser uruguayos, parecen privadas de cualquier elemento especificador, de cualquier influencia determinante sobre nuestros particulares, irremisibles destinos. Toda una época –medio siglo bien contado– de un vivir nacional sobre modo de ser puramente racionalistas, doctrinarios y universales nos ha ocultado debajo de los pies esa incanjeable formalidad que se porta en la historia por ministerio de cualquier valor, de cualquier otra fuerza, llamémosla tierra, cielo, instinto o sangre, que escape a lo inteligible o a lo mecánico. Carecemos de un libro como el de Subercasseaux sobre Chile, como el de Gilberto Freyre sobre **Interpretación del Brasil**; ni qué decir de esa larga –a veces alargada–, grave, decisiva rumia sobre lo argentino que testimonian la obra total de Martínez Estrada, de Eduardo Mallea, de Bernardo Canal Feijo, de Raúl Scalabrini Ortiz. Antes, el Uruguay conoció planteos que, desde el punto de vista de nuestra subsistencia nacional, de nuestro futuro económico, manejaban la colectividad nacional como un todo, libros como **Nirvana** Ángel Floro Costa o **Riqueza y Pobreza del Uruguay** de Julio Martínez Lamas. Hoy, sólo el deporte plantea, esporádicamente, el latido de alguna valencia especial en nosotros, el influjo de algún “carisma” misterioso que resulta de haber nacido en nuestro aquí, se llamen “garra celeste” o “sangre charrúa”, que se hacen tema y asombro compartido cuando pisan alguna cancha del mundo un Obdulio Varela o un Martín Acosta y Lara. Por eso me parece tan importante un tipo de labor que, arrancando de esas introspecciones, pero profundizándolas y trascendiéndolas, realice, como la de algunos artículos de Manuel Flores Mora, un enfoque tan agudo y tan directo de nuestro ser como pueblo.

Pero esa meditación no abunda, y es así que adquieren una importancia que, tal vez en opuesto caso, no tendrían, ciertos libros sobre el Uruguay que viajeros, periodistas o simplemente estudiosos, brindan de tanto en tanto. **URUGUAY. South America's first Welfare State** de George Pendle (London, *Royal Institute of International Affairs*, 1952) y **L'URUGUAY Pays heureux**, de Albert Gilles (Paris, *Nouvelles Éditions Latines*, 1952), permiten el precedente planteo.

Ninguno de los dos es, en puridad, libro de viajeros, y no sería inútil trazar ahora el deslinde. Sobre cualquier país americano existe eso: una literatura escrita por viajeros, por gentes que han pasado accidentalmente por él o han corrido dentro de sus fronteras. No han llegado a ese país a escribir un libro. Traídos y llevados por una faena concreta, pasajeros fugaces o residentes, no quisieron (el género soporta el tiempo pasado) “estrechar vínculos”

o pronunciar conferencias (que no se infligían todavía). Tales fueron los viajeros ingleses en la Argentina, revalorizados por Martínez Estrada: Haigh, Caldcleugh, Mac Cann, el admirable Capitán Head, sobre todo. O los hermanos Robertson para la cuenca del Plata y Paraná. O para nosotros Darwin o, en tantos, el breve capítulo introductorio sobre el paso por nuestro puerto, no siempre insípido, no siempre inútil.

Cuando los libros de viaje, ante el interés europeo, se convirtieron en un género cotizado y un lindo negocio, otra clase de obras fue apareciendo. Despiertos y hábiles (casi siempre franceses), resultaron los que dieron en mezclar un breve itinerario autobiográfico con una sistematización de datos y características de cada país, dando unidad, objetividad y redondez a una experiencia personal frecuentemente escasa. Xavier Marmier, Arsène Isabelle lo hicieron con el Uruguay y otras veces surgieron, ya con esa forma, los muchos informes para gobiernos o entidades particulares, como el recientemente publicado del sueco Juan Adán Graner sobre las Provincias Unidas hacia 1816.

A fines de siglo y en el presente (sobre todo hacia el centenario argentino) los personajes de calibre mundial empezaron a considerarnos dignos de una visita (casi siempre muy bien retribuida). Muchos contaron en un libro esa visita y el Uruguay es en ellos un capítulo que tiene –a veces– observaciones felices, leales y valiosas. Recuerdo aquél en que James Bryce, el gran tratadista político, continuó en **South America** la clásica superioridad de los ingleses en la lucidez de profundidad y la simpatía con que son capaces de ver a los demás pueblos. También periodistas como el español Javier Bueno (de tan sonada actuación después junto a Francisco [...]) nos vieron con provecho y novedad. Pero, por lo general, entonces y ahora los que pasan hacen poca cosa más que rastrear –con variable narcisismo– el reflejo de su propia importancia. Un Vasconcelos narra, en **La Raza Cósmica**, el clima revolucionario que su llegada desencadena en cada capital sudamericana; un Waldo Frank cuenta, en **South American Trip**, como la gente, en todas partes, lo contempla “con avidez”, para recibir de su cara “el nuevo mensaje”. Abundante es la lista de los que escriben para “probar” a los franceses de 1910 nuestra admiración a sus obras, nuestro conocimiento del francés y nuestro desvanecimiento respetuoso ante “la France immortelle”; los españoles recientes (Eduardo Aunós en **Argentina, Imperio del Sur**, Pedro Laín Entralgo en **Viaje a Sudamérica**, Pemán en **El Paraíso y la Serpiente**, Lahorden en **Uruguay, Benjamín de España**) nuestra filiación hispánica amenazada y desconocida.

Pero entre tanto, un nuevo género monográfico fue naciendo, que carece de la sabrosa despreocupación de los libros de viaje, de la viveza habitual de su relato. No es tampoco enteramente nuevo ya que tiene sus antecedentes en libros como la voluminosa obra de Teodoro Chile sobre Sudamérica, la de Koebel sobre el Uruguay o las de Jules Huret, llenas de estadísticas jubilosas sobre la Argentina de 1910 (parece ser una nueva **Oda a los ganados y las mieses**).

Se trata de visiones exteriores monográficas, periodísticas o diplomáticas, que intentan reconstruir la realidad de una nación como objeto temático, en base a una técnica de catálogo, a una yuxtaposición de rasgos. Es un procedimiento que, por verosímiles que sean sus resultados, abre el paso inevitablemente, a la dilucidación de si es posible apresar así la entidad de un país. Parece un interesante debate metodológico aclarar si el Uruguay, la

Argentina o cualquier otro contorno limitado de la tierra, pueden ser captados por el ejercicio aparente de la descripción más o menos científica o sólo cabe ser apresados en esa intuición de lo singular, en esa perspectiva personal que se expiden en el libro de viajeros o en una literatura de impresiones que quiera ser algo más que impresionismo. En la novela incluso. ¿Tenemos mejor imagen del Uruguay de las guerras civiles que **La Tierra Purpúrea** de Hudson? ¿Están presentes en algún libro seudocientífico todas las naciones hispanoamericanas hacia la segunda mitad del siglo pasado como en el admirable **Nostramo** de Joseph Conrad?

-II-

ACIERTOS Y ERRORES

Se filian en la categoría monográfica los libros de Pendle y de Gilles. El del inglés es ceñido, rigurosamente informativo y apunta a una generalidad no especializada de lectores. Más dirigido parece el de Gilles al viajero adinerado, al inversor, al hombre de negocios, al curioso. Parece goloso de señalar paralelos, deseosos de marcar la influencia francesa, muy susceptible a toda clase de vanidad patriótica. Pendle mantiene en cambio una ejemplar objetividad nacional y bastaría para probarlo su breve y notable planteo del problema ferrocarrilero (p. 50). Los dos recorren un ancho rubro de temas: Pendle, muy sobrio y sintético, lo hace sólo en noventa y tres páginas; Gilles, más amplia y ambiciosamente, escribe trescientas setenta y cuatro, aunque expone en forma más completa que Pendle nuestra realidad económica y una gran variedad de actividades culturales, entrando además en las materias más imprecisas del “Carácter nacional”, “La originalidad nacional”, “Las influencias extranjeras”, “La vida familiar” y “La vida social”. Ambos cierran sus obras con excelentes bibliografías sobre el país.

Despliegan ambos, también, defectos inevitables de información, de perspectiva, de enfoque. Gilles suele dar extensión desmesurada a la presentación de entidades o movimientos intrascendentes o presta atención a fenómenos accidentales: así expone minuciosamente los principios del “movimiento industrializador” de risueña memoria o pierde tiempo en caracterizar publicaciones de un sólo número. La información deficientísima en materia cultural lleva a Gilles, que utiliza el itinerario de Zum Felde hasta 1930, a llenar los veinte años posteriores de nuestra literatura nacional con nombres muy secundarios y a veces extraños o tangenciales a ella, encontrados al azar de una mención o un conocimiento de antecámara. Pendle, en cambio, que contó en esta materia con inmejorable asesoramiento, la sintetiza muy felizmente en dos páginas (80-81). En ocasiones maneja Gilles datos improbables. No sabíamos, por ejemplo, que Kaiserling (sic) haya dicho que nuestra constitución (será la del 17) sea la mejor del mundo (p. 55). (Aviado estaría cualquiera de nuestros textos fundamentales si no pudiera juntar un tomo de elogios más autorizados que los del genial y arbitrísimo maestro de Darmstadt, totalmente extraño a todas estas escribanías). A menudo Pendle y Gilles son simplemente erróneos. Ni Baldomir restableció el Consejo Nacional de Administración (Pendle, p. 18) ni herreristas e independientes se separaron bajo la dictadura de Terra (id, p. 91, la referencia se hubiera arreglado con un “más”), ni Anacleto Medina fue lanceado por los revolucionarios (Gilles, p. 46) ni Batlle fue comtista (id p. 49, error pulverizado por Ardao). Gilles se cae a menudo por la exageración: el uruguayo todo lo sacrifica al partido político identificado con la

patria (p. 93); o por el anacronismo: Ellauri desarrolló una política antietática (p. 46); o por las contradicciones: no se leen los autores uruguayos (p. 117) o se leen (p. 89). A menudo su estilo es un estilo de guía, pesado y trivial: como el de sus descripciones de las playas del Este o del centro de Montevideo. En ocasiones usa una adjetivación tonta y tope, como cuando caracteriza al gran don Pedro Figari como “**ultramoderno**” (p. 229).

Pero también tanto el libro de Gilles como el de Pendle están llenos de aciertos de conjunto y de detalle, de planteos precisos, de definiciones justas, de caracterizaciones felices. El francés cala admirablemente en la presente actitud uruguaya ante las grandes potencias y corrientes culturales del mundo (p. 133 ss) e indaga muy bien la composición de nuestra clase dirigente (p. 122). Es irónico y justo cuando nos cuenta las diversiones de la mujer uruguaya (p. 109) o cuando registra el proceso de declinación de las influencias extranjeras y la presencia incipiente de una originalidad nacional (p. 158 ss). Pendle intuye muchos imponderables de nuestra historia y nuestro presente en frases ceñidas y recordables. Hablando del Éxodo afirma que **esta ocasión, en que los orientales se encontraron con que habían sido abandonados a merced de la guarnición española y de los invasores portugueses, fue el momento en que descubrieron, por vez primera, que tenían, realmente, un destino nacional.** Explica, así, cierta tonalidad permanente de nuestra política internacional: **es evidente que los uruguayos han transportado a la esfera de las deliberaciones internacionales las convicciones que, desde el año 1903, han determinado el desenvolvimiento económico y social de su propio país.**

Coinciden los dos en calificar al Uruguay como país esencialmente burgués: **Uruguay is predominantly a bourgeois country; L’Uruguay est essentiellement le pays des classes moyenes.** Espigando, sin duda, en informes, leyes y estadísticas y obras dispersas han construido con singular y pareja eficiencia una visión muy sintética y completa de nuestra realidad económica. Ambos manejan esta materia en forma más realista y sostenidamente acertada (¿será el resultado de trabajar con puros mensurables?) que los temas de índole política y coyuntural. Temas nada fáciles como los mecanismos esenciales del contralor y la política cambiaria (Pendle, p. 71-73; Gilles, p. 300-308), las contradicciones de la política de carnes (Pendle, p. 64) o del problema de la lana (Gilles, p. 249) merecen algunas de las mejores páginas de los dos libros.

-III-

CLAVES DE INTERPRETACIÓN

Pero, más importante que registrar aciertos o errores de detalle, parece el indagar en ciertos modos de comprensión o ángulos de perspectiva que pueden llevar a ellos. El libro de Pendle y sobre todo el de Gilles los ilustran admirablemente.

Pienso que el más importante es la carencia de cautelas metódicas con que los autores extranjeros manejan versiones oficiales, estadísticas u obras históricas y sociológicas bastante difundidas. Una ingenuidad imperturbable y confiada les hace tomar al pie de la letra cifras, libros y glorias consagradas.

Pendle, por ejemplo, dedica media página a enumerar las cifras oficiales sobre funcionarios públicos. Los dos coinciden en atribuir una autoridad incontrovertida y magistral (Pendle, p. 31, 43 y 66; Gilles, p. 39 y 50) a libros que, como **Evolución histórica del Uruguay** de Alberto Zum Felde, aunque soportan el calificativo de brillantes, no ofrecen el de autoridades. La importancia que asignan a ciertos personajes y elementos de nuestra historia no coincide, en verdad, con la que poseen en “la memoria vital” de las generaciones uruguayas. Lejos de mi ánimo disminuir la significación que Batlle asume en esa historia y me parece justo el agudo y elogioso retrato del organizador que Gilles traza en su libro (p. 50). Pero el foráneo curioso que, habitualmente en busca de elementos, tropieza con apologías desenfundadas puede lindar en leve ridículo, como lo hace Pendle cuando transcribe (p. 28) las aspiraciones de los **most ardent batllistas** en las que se incluyen las asignaciones familiares, el descanso de la mujer madre, las pensiones a la vejez y la participación en los beneficios (sic) para los empleados de los Entes Autónomos. El mismo peligro roza el autor inglés cuando pone el signo de Batlle en toda la legislación laboral (p. 25) como si fuera, hasta nuestros días, el fruto de su personal y trasmundanal iniciativa. O cuando sostiene su influencia poderosa sobre textos concretos, muy posteriores a su muerte, como la constitución de 1942 (p. 19). El procedimiento de recortar y personificar el fluir del “tiempo corriente”, aislando la influencia del individuo del tiempo histórico en que cuajó, al que se incorporó, no es desconocido, sin duda, entre nosotros, pero es lamentable que caigan en él extranjeros cultos que podrían poseer, por su perspectiva, una mayor aptitud de generalización, un mayor manejo de las comparaciones.

También es una enérgica nota explicativa lo que cabe llamar “la pasión por lo diferencial” o más sencillamente el amor a lo típico. Para Gilles cualquier fenómeno, hecho o rasgo del país debe poseer un sabor característico e inconfundible. Se generaliza cualquier observación curiosa (sabemos a quién frecuentó Gilles, cómo pudo sacar, cómo sacó, algunas de sus conclusiones). Se recortan arbitrariamente tras de ellos los modos de vivir uniformes y tan monótonos del burgués occidental, las formas de vida del mundo racionalizado y mecánico y se levanta una montaña engañosa de particularidades. De lo mínimo y trivial a los más ambicioso, sigue Gilles este método. La mujer es entre nosotros un ser subordinado al hombre, el que nada la participa de sus afanes, preocupaciones e intereses. El amor está basado entre los uruguayos en la sensualidad (p. 108 y 111). En seguida su bolsillo francés se asombra de que **les jeunes personnes** que encuentra en un cabaret estén **terriblement assoiffés** o describe con delicia como en **les aventures extraconjugales ... un taxi conduit le faux menage a l'un des établissements ingenieusement aménagés à cet effet ...**, etc., etc.

Pero esta “pasión por lo diferencial” le lleva a intentar, sin una visión metódica del valor de estos intentos, de esas estáticas generalizaciones, una psicología del uruguayo. No parece preguntarse, con Alfonso Reyes, **¿No estamos cansados de esas “psicologías de naciones”, que luego resultan rectificables a dos meses vistas?** Decir que Gilles parte de la construcción metódica de Carlos Octavio Bunge en **Nuestra América**, con su asociación de características fijas del indio, del español y del negro, es señalar la arbitrariedad y el error esencial de su empresa. Pero después de un punto de partida tan riguroso, Gilles se mete en seguida por veredas del más desbaratado subjetivismo. La mujer uruguaya le suscita un retrato divertido (p. 77) y ciertos rasgos que señala en su capítulo *Caractère national* son, sin duda, ciertos. Le rompieron los ojos una serie de constantes psicológicas

del uruguayo, que ahora no puedo hacer más que enumerar: resistencia al trabajo, desdén del ahorro, imprevisión, indolencia, falta de impulso, de regularidad, de perseverancia, de organización, gusto del juego y la especulación y sentido de la riqueza como azar. Agrega la vanidad, el deseo de aparentar, la importancia al “qué dirán” y el orgullo nacional. Y termina recordando entre lo que le impresionó: nuestra inestabilidad, nuestra cordialidad, nuestra impresionabilidad, nuestra sed de novedad, nuestra impuntualidad, nuestro temple emocional, nuestra inseguridad...

¿Son, en cambio, más que halagos muy generales, nuestras sinceridad, nuestro gusto por las cosas del espíritu, nuestra curiosidad? ¿Son otra cosa que trazos felices que el tiempo, y sobre todo los últimos veinte años se van llevando a golpes, todos los días, nuestro desprecio del dinero y de lo material, nuestra simplicidad de vida, nuestra hospitalidad, nuestro carácter servicial? ¿Y algo más que rasgos controvertibles y sin asidero el ser los uruguayos melancólicos (tópico resobado desde Ortega y Keyserling), individualistas, celosos, tranquilos, introvertidos, llenos de un sentido calderoniano del honor? ¿Y no son (feliz y simplemente) falsas nuestra **dificultad para la abstracción y el análisis, la debilidad de la imaginación y la facultad creadora, rasgos del carácter nacional?**

Es también Gilles el que señala, de acuerdo a una conocida tendencia de su país, la última actitud que quiero señalar, sin dejar de reconocer que es menos general que las anteriores. Es la de manejar una serie de equivalencias que tienen un sentido más pretencioso que la de ser simplemente aclaratorias para el lector extranjero y que todo lo refieren al arquetipo indiscutible de lo francés. Deauville, Trouville, Jean-les-Pins son los modelos de las playas uruguayas. Rivera es Enrique IV y Acevedo Díaz resulta (a través de una “autoridad chilena”) el **Goncourt americano**. Otras asimilaciones cobran una doble cara de seriedad y de caricatura, como su afirmación de que **la religión se practica menos en el Uruguay que en la Argentina. El hecho no puede sorprender en un país que posee una población de mayoría radical socialista.**

-IV-

LA MENTIRA OPTMISTA

En buena parte de los testimonios europeos sobre América del Sur es posible rastrear un radical cambio de tono. La posición del viajero del 1900 ó 1910 era la de una condescendiente superioridad, una superioridad que no se apeaba –en definitiva– de considerarnos sólo un borrador esperanzado de Europa. Se asombraba de nuestras cifras en rápida variación y nos estimulaba a persistir. Poco más. En cambio hoy parece obrar en muchos europeos una especie de deslumbramiento provinciano ante nuestra aparente seguridad, ante nuestra superficial ausencia de problemas, ante la debilidad de nuestras tensiones. Les entusiasma esa misma privación radical de una temperatura trágica, que tantos sentimos como vacío. De donde resulta que adopten ante nosotros una actitud que es invariablemente la de la idealización y la del halago, que apuesten siempre, sin una infidelidad, por la clave más optimista que parezca capaz de interpretarnos.

Todo esto es muy visible en Gilles, desde la descripción mentirosa de una **espléndida Avenida Brasil** o de un carnaval figaresco y fantasmagórico hasta juicios donde la audacia

no tiene otro fin que el halago. **Los músicos uruguayos merecerían ocupar en los programas sinfónicos europeos un lugar infinitamente más importante que el que les es reservado actualmente.** Carlos Vaz Ferreira es **el único filósofo del Uruguay y tal vez de toda la América Latina.** ¿Qué conoce Gilles de la presente realidad filosófica del país o del pensamiento hispanoamericano? Probablemente nada. ¿Qué son, qué eran, el admirable Alejandro Korn, y Antonio Caso, y Vasconcelos, y Alberto Wagner de Reyna? ¿Qué dirá Gilles si escribe un libro sobre Perú, México o Argentina?

Una tonalidad semejante corre por toda la obra. Un prólogo dulzón nos enteró que André Maurois en sus veinticuatro horas de tránsito por el país tuvo tiempo de averiguar que incubamos **un nuevo Renacimiento y grandes obras** y de que **poseemos prosperidad económica y madurez política y hemos tenido grandes filósofos políticos.** Si el prologuista no se queda corto, el prologado usa constantemente el contraste entre la opresión, la inseguridad y el ahogo europeo (y aun de la triste Buenos Aires) y la dulzura, la luz latina, la quietud, el optimismo, la felicidad uruguaya (pp. 20, 115, 173 ss).

En mayor o menor grado, las dos versiones que comentamos son optimistas. Para George Pendle, Uruguay es el **welfare state**, el estado del bienestar; para Gilles, **le pays heureux**. No lo niego; lo señalo. Esta felicidad y este bienestar son fáciles de afirmar en su inevitable relatividad, sobre todo ante el espectáculo de otras naciones, pero, me atrevo a sugerir ¿valen por juicios auténticos o significan por el contrario: el de Gilles la captación (con su dosis de sugestión) de un estado muy difundido de autosuficiencia nacional y el de Pendle el resultado de una lectura de textos más o menos engañosos? En el inglés obraría entonces la seriedad imperturbable con que se relevan exterioridades; en “**L’Uruguay pays heureux**”, además de su voluntad de endulzar, una tonalidad ambiental bien recogida y muy ancha y tenaz. Porque los uruguayos no hemos sido cortos en la elaboración de versiones optimistas del país, desde las heroicas y trascendentales hasta las modestas y confortables. Desde aquel Uruguay “laboratorio del mundo”, que quiso hacer de nuestro país una especie de gran conejillo de experimentación (para lección y beneficio de los demás) en la tercera década del siglo, hasta el “país de turismo” que mueve tanta tontería urbanista y tanto despilfarro insolente; desde la nación cruzada de la libertad del cuarto decenio hasta la más humildemente feliz “en que se vive bien” del quinto, esas versiones optimistas han cambiado de cara y han tenido –ocioso es decirlo– muy distinta categoría moral, pero todas han sido invariables en apartar la atención del país de su faz más dura, prosaica y necesaria, en suscitar los estados de ánimo más nocivos a una mejor promoción de nuestra realidad. Afirmemos que estos juicios, estas versiones reflejan casi siempre una satisfacción muy explicable de las clases dirigentes (no me gusta usar la palabra “oligarquías”) que viven a espaldas de la nación, que son una manifestación muy comprensible del “país legal”. Han sido las que recogieron Pendle y Gilles: el primero, sobria y casi elípticamente; el segundo sin ninguna sana reticencia. Pero ni aun así son inútiles. Ejercitan fecundamente para la distinción entre fachada y entraña uruguayas; rempazan en cierta forma una actitud de toma de conciencia que todavía no es visible y pública. Pulsan hasta el abuso todas nuestras reacciones: el agradecimiento, la satisfacción, el orgullo, la protesta, el desacuerdo, la ironía; también (¿por qué no?) la melancolía, y la esperanza. Basta contraponer algún texto almibarado con un documento –para mí esencial– como el artículo de Washington Lockart en el número 26-27 de “Asir”, **Una política para**

desesperados, para intuir que algo así como una generación del 98 está llegando a altura histórica –calladamente– en el país.